



G. K. Chesterton
Autobiografía

TRADUCCIÓN DE OLIVIA DE MIGUEL

G. K. Chesterton, celebradísimo escritor de ficción, fue también un renombrado autor de ensayos y un acerado polemista que dejó, tras su muerte, en 1936, la *Autobiografía* que hoy presentamos. Más allá de trazarnos el recorrido vital de su memoria, Chesterton nos abre una ventana al mundo que le tuvo ocupado como periodista y escritor de panfletos —así es como él quería ser recordado— y con el que raramente mantuvo una convivencia pacífica. Chesterton es el hombre visceral, polémico y apasionado, que no dudaba en proclamar de viva voz su denuncia ante un sistema político corrupto y una moral propagandística cuyo telón de fondo era la guerra de los Bóers (la incursión británica en Sudáfrica que tan popular fue entre la sociedad inglesa) y la Primera Guerra Mundial. Su conversión al catolicismo acabó de situarlo en el papel de personaje excéntrico y contestatario. Hoy, por su extraordinaria agudeza intelectual y su brillante habilidad para esgrimir la paradoja como arma de argumentación, Chesterton sigue siendo el estimulante pensador que consiguió mantener, en vilo y al acecho, a miles de lectores.

I

TESTIMONIO DE OÍDAS

Doblegado ante la autoridad y la tradición de mis mayores por una ciega credulidad habitual en mí y aceptando supersticiosamente una historia que no pude verificar en su momento mediante experimento ni juicio personal, estoy firmemente convencido de que nací el 29 de mayo de 1874, en Campden Hill, Kensington, y de que me bautizaron según el rito de la Iglesia anglicana en la pequeña iglesia de St. George, situada frente a la gran Torre de las Aguas que dominaba aquella colina. No pretendo que exista ninguna relación significativa entre ambos edificios y niego rotundamente que se eligiera aquella iglesia porque yo necesitara para convertirme en cristiano toda la energía hidráulica del oeste de Londres.

Sin embargo, como contaré a continuación, la gran Torre de las Aguas habría de tener un papel significativo en mi vida; pero mientras que esa historia está relacionada con mi propia experiencia, mi nacimiento (como ya he dicho) es un incidente que acepto, como cualquier pobre campesino ignorante, sólo porque me ha sido transmitido verbalmente. Y antes de abordar cualquiera de mis experiencias personales, estará bien dedicar este breve capítulo a unos cuantos datos de mi familia y entorno, que me han llegado de forma igualmente precaria como simples testimonios de oídas. Por supuesto que lo que muchos llaman testimonio de oídas, o lo que yo llamo testimonio humano, podría cuestionarse en teoría, como en la controversia baconiana o en gran parte de la discusión teológica. La historia de mi nacimiento podría ser falsa. Podría ser el heredero, perdido durante tanto tiempo, del Sacro Imperio Romano o un niño

abandonado por unos rufianes de Limehouse en el umbral de una casa de Kensington que en su madurez desarrolló una abominable herencia criminal. Algunos de los métodos escépticos aplicados al origen del mundo podrían aplicarse a mi origen, y un investigador serio y riguroso llegaría a la conclusión de que yo no había nacido jamás. Pero prefiero pensar que el sentido común es algo que mis lectores y yo compartimos, y que serán pacientes con el aburrido sumario de los hechos.

Nací de padres respetables pero honestos, es decir, en un mundo en el que la palabra «respetabilidad» aún no era sólo un insulto, sino que todavía conservaba una débil conexión filológica con la idea de ser respetado. Es cierto que, incluso en mi propia juventud, el sentido de la palabra ya había comenzado a cambiar, según se desprendía de una conversación entre mis padres en que usaban el término en sus dos acepciones. Mi padre, un hombre sereno, con humor y muchas aficiones, comentó de pasada que le habían pedido que formara parte de la junta parroquial, lo que por aquel entonces se llamaba *The Vestry*. Al oírlo, mi madre, que era más rápida, inquieta y en general más radical en sus impulsos, lanzó una especie de alarido de dolor y dijo: «¡Oh Edward, no lo hagas! ¡Te volverás respetable! Nunca hemos sido respetables y no vamos a empezar a serlo ahora». Y recuerdo cómo mi padre le respondió apacible: «Querida, dibujas un panorama bastante sombrío de nuestras vidas cuando dices que no hemos sido respetables ni un solo momento». Los lectores de *Orgullo y Prejuicio* percibirán algo de Mr. Bennet en mi padre, pero, en cambio, no hallarán nada de Mrs. Bennet en mi madre.

En fin, lo que quiero decir es que mi familia pertenecía a esa anticuada clase media inglesa en la que un hombre de negocios podía estar ocupado en sus propios asuntos. No tenían ni el más ligero atisbo de lo que sería nuestra posterior y dominante visión del comercio, de esa concepción más avanzada y aventurada en la que se supone que un

hombre de negocios puede rivalizar, arruinar, destrozar, absorber y tragarse los negocios de cualquiera. Mi padre era un liberal de la escuela anterior a la aparición del socialismo; daba por sentado que cualquier persona cuerda creía en la propiedad privada, aunque él no se preocupara de poner en práctica estos presupuestos cuando creó su propia empresa. Era uno de esos individuos que siempre tienen suficiente éxito, pero que son poco emprendedores en la acepción moderna del término. Mi padre estaba al frente de una agencia inmobiliaria y de topógrafos, radicada en Kensington, que pertenecía a la familia desde hacía unas tres generaciones. Recuerdo la especie de patriotismo localista que ello suscitaba y la ligera renuencia en los miembros mayores cuando los más jóvenes propusieron por primera vez que deberían abrirse sucursales fuera de Kensington. Esta particular suerte de discreto orgullo era muy característica de aquellos antiguos hombres de negocios, y recuerdo que, en cierta ocasión dio lugar a una comedia de malentendidos que difícilmente habría podido ocurrir de no haber existido aquella secreta autocomplacencia ante cualquier exaltación de lo local. El incidente ofrece más de un indicio del tono y la conversación de aquellos lejanos días.

Mi abuelo, el padre de mi padre, era un hermoso anciano, de pelo y barba blancos, y modales que tenían algo de aquella solemnidad refinada que solía ir acompañada de la obsoleta costumbre de ofrecer brindis y dedicatorias. Mantenía la vieja costumbre cristiana de cantar en la mesa y no resultaba incongruente oírle entonar «The Fine Old English Gentleman», así como otras canciones aún más pomposas de la época de Waterloo y Trafalgar. Y, al hablar de esto, quiero señalar que después de haber conocido la *Mafeking Night*^[1] y las patriotas canciones posteriores, guardo un considerable respeto por aquellas viejas y pomposas canciones patrióticas. En verdad creo que era mejor para la tradición de la lengua inglesa escuchar versos tan retóricos

como estos sobre Wellington junto al lecho de muerte de Guillermo IV:

Porque él llegó sobre el ala del Ángel de la Victoria
pero el Ángel de la Muerte estaba esperando al Rey,

que quedarse totalmente satisfecho aullando los versos que veinte años después se escuchaban en todos los *music-halls*:

Y cuando decimos que siempre ganamos
y cuando nos preguntan cómo lo hicimos
orgullosamente señalamos a los soldados
de la Reina de Inglaterra.

No puedo evitar la sospecha de que la dignidad tiene algo que ver con el estilo, y de alguna forma los ademanes y las canciones de la época y el tipo de mi abuelo tenían mucho que ver con la dignidad. Pero, por muy acostumbrado que estuviera a los modales ceremoniosos, debió de quedarse perplejo ante un extraño caballero que entró en la oficina y, tras una breve consulta a mi padre sobre un negocio, pidió en voz baja el gran privilegio de ser presentado al más antiguo o vetusto jefe de la empresa. Luego, se aproximó a mi abuelo con profundas inclinaciones y reverentes alabanzas, como si el anciano fuera una especie de altar.

—Señor, es usted un monumento, todo un hito —dijo el extraño caballero.

Mi abuelo, en cierto modo halagado, murmuró cortés que ciertamente ellos llevaban en Kensington una buena temporada.

—Es usted un personaje histórico —dijo el desconocido admirador—; usted ha cambiado por completo el destino de la Iglesia y el Estado.

Mi abuelo, frívolamente, todavía pensaba que aquello era una manera poética de describir una agencia inmobiliaria con éxito. Pero mi padre, que había seguido de cerca las diatribas entre la rama conservadora y la liberal de la Iglesia anglicana y que había leído mucho sobre el tema, comenzó a divisar una luz. Recordó de repente el caso de «Westerton contra Liddell», en el que un miembro de una cofradía protestante demandó a un párroco por uno de los más oscuros delitos de papismo, posiblemente el de vestir una sobrepelliz.

—Y sólo espero —continuó con firmeza el desconocido, dirigiéndose aún al paladín protestante— que usted apruebe ahora cómo se llevan los servicios de la parroquia.

Mi abuelo comentó de forma cordial que a él no le importaba cómo se llevaban. Estas conspicuas palabras del paladín protestante lograron que su admirador le mirase con mayor asombro todavía; mi padre intervino y aclaró el error al señalar la tenue diferencia entre Westerton y Chesterton. He de añadir que, cuando contaban la historia, mi abuelo insistía en que él había completado la frase «no me importa cómo se lleven» con las palabras (repetidas con un solemne movimiento de la mano) «mientras sea con respeto y sinceridad». Pero lamento decir que los escépticos de la generación más joven creían que aquello lo había pensado después.

Sin embargo, el asunto es que a mi abuelo le encantó y realmente no le sorprendió demasiado que le llamaran «monumento» e «hito». Y eso era típico de muchos hombres de clase media, incluso en aquellos pequeños negocios de aquel mundo lejano. Sin embargo, ese peculiar tipo de *bourgeoisie* británica a la que me refiero ha cambiado o se ha degradado tanto que no se puede decir que exista ya. Al menos, nada parecido puede encontrarse hoy en Inglaterra, y me imagino que nada parecido se encontró nunca en América. Una peculiaridad de esta clase media era que realmente era una clase y realmente estaba en medio,

tanto para bien como para mal, y frecuentemente, con exceso, estaba separada tanto de la clase superior como de la inferior. Para gran peligro de la siguiente generación, no sabía nada de la clase trabajadora, y ni siquiera sabía nada de sus propios criados. Mi familia fue siempre muy amable con los criados, pero, en general, en su clase no existía ni la burda camaradería en el trabajo, propia de las democracias y patente en las chillonas y renegonas amas de casa europeas, ni vestigios de una cordialidad feudal como subsiste en la verdadera aristocracia. Había una especie de silencio y azoramiento evidente en otra anécdota de oídas que añadiré a la del paladín protestante. Una dama de mi familia fue a vivir a casa de una amiga que se había ausentado y fue recibida por una especie de ama de llaves. La señora tenía clarísimo que la sirvienta se prepararía sus comidas por separado y la sirvienta estaba firmemente convencida de que ella debería alimentarse de los restos de comida de la señora. Por ejemplo, la sirvienta le ponía para desayunar cinco lonchas de tocino, que era más de lo que la señora deseaba. Asimismo, la señora tenía otra fijación típica de las damas de su época: creía que no se debía desperdiciar nada, y no se daba cuenta de que lo no deseado, se desperdiciaba aunque se consuma. Así, cuando se comía las cinco lonchas, la sirvienta le ponía siete. La señora palidecía ligeramente, pero cumplía con su deber y se las comía todas. La sirvienta, que empezaba a pensar que también a ella le gustaría desayunar un poco, le servía nueve o diez lonchas. La dama, haciendo acopio de todas sus fuerzas, arremetía contra ellas y las hacía desaparecer. Y así, supongo, continuó el asunto, gracias al educado silencio de las dos clases sociales. No me atrevo a suponer cómo acabó aquello. La conclusión lógica sería que la sirvienta hubiera muerto de hambre y la señora hubiera reventado. Pero me figuro que, antes de llegar a ese punto, se abriría alguna vía de comunicación entre dos personas que vivían en dos pisos contiguos de la misma casa. En fin, ese era el punto dé-

bil de aquel mundo, el que no hiciera extensiva su confianza doméstica a los sirvientes de la casa. Los señores sonreían y se sentían superiores cuando leían que los antiguos vasallos comían en mesas más bajas que las de sus señores, a las que no llegaba la sal,^[2] y continuaban sintiéndose superiores a sus propios vasallos, que ahora comían en el sótano.

Pero, por mucho que podamos criticar la vieja clase media y aunque suscribamos las inmortales palabras del Canto del Futuro:

Conciencia de clase tenemos y tendremos;
hasta que a la burguesía el cuello pisemos,

aquella clase social tiene derecho a que se le haga justicia histórica, y además también hay otros aspectos que merece la pena recordar. Uno es que, en cierta medida, fueron las «conquistas culturales» de este estrato de la clase media, y el que realmente fuera una clase educada, lo que la hizo excesivamente suspicaz respecto a la influencia de los sirvientes. Daba excesiva importancia a la ortografía y la pronunciación correctas; y ciertamente, ellos escribían y hablaban correctamente. Existía todo un mundo en el que era tan impensable deshacerse de un sonido como hacerse con un título nobiliario. Pronto descubrí, con la malicia propia de la infancia, que mis mayores tenían verdadero terror a que imitásemos la entonación y dicción de los criados. Me cuentan (por citar otra anécdota de oídas) que, en cierta ocasión, hacia los tres o cuatro años, gritaba pidiendo un sombrero colgado de una percha y que, al final, en plena convulsión furiosa pronuncié las terribles palabras: «Si no me lo dais, diré zombrero». Estaba seguro de que aquello pondría de rodillas a todos mis parientes en leguas a la redonda.

Y aquel cuidado por la educación y la dicción, aunque hoy me parezca criticable en muchos aspectos, tenía real-

mente su lado positivo. Significaba que mi padre conocía toda la tradición literaria inglesa y que yo me sabía de memoria gran parte de ella mucho antes de que pudiera entenderla. Me sabía páginas de Shakespeare en verso blanco sin tener ni idea de lo que significaban, lo que quizá sea la forma correcta de apreciar el verso. Y también cuentan que a los seis o siete años me desplomé en la calle mientras recitaba emocionado los siguientes versos:

Buen Hamlet, desecha esa tristeza que te agobia
y miren tus ojos como a un amigo al rey de Dinamarca,
no tengas para siempre baja la mirada
buscando en la tierra a tu esclarecido padre,^[3]

y en aquel preciso instante me di de narices contra el suelo.

Lo que tal vez se reconozca aún menos sea que la clase a la que me refiero no sólo estaba alejada de las llamadas clases bajas, sino también y de manera igualmente radical de las clases altas. En la actualidad, se puede afirmar, con todas las salvedades necesarias, que esta clase se ha dividido en dos grandes grupos: los pretenciosos y los mojigatos. Los primeros son los que quieren entrar en sociedad; los segundos, los que quieren salir de ella y entrar en asociaciones vegetarianas, colonias socialistas y cosas por el estilo. Pero la gente a la que me refiero no era ni excéntrica ni pretenciosa. Por supuesto que en aquella época había abundancia de gente pretenciosa, pero estos de los que hablo eran realmente una clase aparte. Nunca se les ocurrió mantener con la aristocracia otras relaciones que no fueran de negocios. Había algo en ellos que desde entonces es muy raro encontrar en Inglaterra: estaban orgullosos de sí mismos.

Por ejemplo, casi todo el distrito de Kensington estaba, y está, trazado como un mapa o plano para ilustrar los *Ensayos* de Macaulay; nosotros, por supuesto, leíamos los *Ensayos* de Macaulay y en nuestro sencillo aislamiento, a me-

nudo, incluso nos los creíamos. Conocíamos los grandes nombres de los aristócratas liberales que habían hecho la Revolución —y de paso su propia fortuna—, inscritos ostensiblemente en todos los inmuebles de Kensington. Cada día pasábamos delante de Holland House, una casa hospitalaria con Macaulay, y ante la estatua de Lord Holland, en cuya inscripción se hacía alarde de su parentesco con Fox y su amistad con Grey. La calle frente a la que fuimos a vivir llevaba el nombre de Addison; la última calle en la que habíamos vivido se llamaba Warwick, el hijastro de Addison. Más adelante, había una carretera que tomaba su nombre de la casa de Russell y al sur, otra llamada Cromwell. Cerca de nosotros, de nuestra casa natal de Campden Hill, aparecía el gran nombre de Argyll.^[4] Todos esos nombres me emocionaban como el sonido de los clarines, como a cualquier muchacho que leyera a Macaulay, pero jamás se me ocurrió que alguna vez pudiéramos conocer a alguien que se llamara así, ni siquiera que lo deseáramos. Recuerdo que mi padre se rio muchísimo al oírme recitar el siguiente verso de la vieja balada escocesa:

Allí surgió una gran disputa entre Argyle y Airlie.

Porque, como agente inmobiliario, sabía que la casa de Lord Airlie estaba en realidad bastante cerca de la de Argyll y que no había nada tan probable como que hubiera surgido entre ellos una gran disputa que afectara directamente a su negocio. Él tenía relaciones puramente comerciales con el duque de Argyll y me mostró una carta suya como curiosidad; pero a mí me pareció una maravillosa curiosidad de museo. Me resultaba tan impensable que McCallum More entrase a formar parte de mi vida social como que Graham de Claverhouse apareciera en la puerta principal a lomos de su gran caballo negro o que Carlos II se pasara por casa a tomar el té. Para mí el duque que vivía en la casa Argyll

era un personaje histórico. A mi familia le interesaba la aristocracia porque aún era un asunto histórico. Merece la pena mencionarlo porque es exactamente esa diferencia la que, para bien o para mal, justificó una pelea, o lucha encarnizada, de la que me ocuparé en páginas posteriores. Mucho tiempo después, tuve la suerte de tomar parte en una batalla política sobre la venta de títulos nobiliarios; muchos dijeron que malgastábamos nuestras energías denunciando aquella práctica, pero no era así. El trato que se daba a un título sí que suponía una diferencia; y soy lo bastante viejo como para constatar la diferencia que realmente ha supuesto. Si yo hubiera considerado a Lord Lorne alguien digno de respeto histórico y él me hubiera presentado a un desconocido Lord Leatherhead, yo habría considerado a este último digno de ese mismo respeto histórico. Si lo conociese ahora, sabría que podría ser cualquier prestamista salido de los bajos fondos de cualquier ciudad de Europa. Los honores no se han vendido, se han destruido.

Por razones totalmente distintas, merecería la pena mencionar aquí a una familia notable relacionada sólo por cuestiones mercantiles con el negocio familiar. La empresa era, y todavía es, una agencia del gran Phillimore Estate, propiedad de dos hermanos que desempeñaron importantes funciones públicas: el almirante Phillimore, muerto hace ya tiempo, y Phillimore, juez del Tribunal Supremo, uno de los jueces ingleses modernos más famosos, recientemente desaparecido. Nosotros no teníamos nada que ver con esta gente, ni lo intentábamos siquiera, aunque recuerdo más de un testimonio imparcial de la magnanimidad del viejo almirante. Pero menciono este vago entorno de las grandes propiedades de Kensington por otro motivo, porque el nombre de Phillimore, extraña e irónicamente, estaba doblemente destinado a mezclarse con mi vida futura. Nunca conocí al almirante, pero a su hijo, que por entonces debía de ser un muchacho de mi edad, lo conocí años después, lo quise y lo perdí como amigo y aliado en una causa que

entonces habría parecido fantásticamente alejada de nuestra niñez. Y en cuanto al juez, hube de verlo sentado en el estrado mientras declaraba ante él en favor de mi hermano, sentado en el banquillo de los acusados del Oíd Bailey, y declarado culpable de patriotismo y civismo.

La familia de mi madre tenía un apellido francés, aunque, por lo que yo sé, tanto por mi propia experiencia como por lo que me han contado, la familia era completamente inglesa en lo que a lengua y costumbres se refiere. Había una especie de leyenda familiar que les hacía descendientes de un soldado raso francés de las guerras revolucionarias, al que habían hecho prisionero en Inglaterra, y que se había quedado allí como hicieron muchos. Pero, por el otro lado, mi madre descendía de escoceses, de los Keith de Aberdeen, y por diversas razones, en parte porque mi abuela materna sobrevivió mucho tiempo a su marido y tenía una personalidad muy atractiva, y en parte por el brillo que para mí tenía cualquier rastro de patriotismo o sangre escocesa, esta ascendencia nortea me atraía profundamente, y, durante mi infancia, mantuve con Escocia una especie de idilio. Pero su marido, mi abuelo materno, a quien no conocí, también debió de ser una persona interesante y un tipo memorable, aunque no fuera un personaje histórico. Fue uno de los viejos predicadores laicos wesleyanos^[5] que se vio inmerso en una gran controversia pública, actitud heredada por su nieto. También fue uno de los líderes del primer movimiento contra el consumo de bebidas alcohólicas,^[6] postura que su nieto no ha heredado. Pero estoy seguro de que tenía muchas más cualidades de las necesarias para el discurso público o para la defensa de la templanza; y lo estoy por dos comentarios suyos fortuitos (en realidad los dos únicos comentarios que he oído que hiciera). En cierta ocasión en que sus hijos clamaban, como cualquier joven liberal, contra la costumbre y la convención, dijo bruscamente: «Sí, critican mucho las formas, pero las

formas son civilización». Y en la otra ocasión, la misma generación emergente blandía con ligereza ese pesimismo que sólo es posible en la época feliz de la juventud y criticaban la Acción de Gracias General del Libro de Oraciones y comentaban que hay mucha gente que tiene poco que agradecer por su creación. Y el viejo, que entonces era ya tan mayor que apenas si hablaba, rompió de repente su silencio y dijo: «Daría gracias a Dios por haberme creado aunque supiera que mi alma estaba condenada».

De la otra rama de mi familia, contaré más cuando hable de mis propios recuerdos; trato de esto en primer lugar porque casi todo lo sé únicamente de oídas y, por tanto, es parte de lo que el libro tiene de biografía y no puede ser autobiografía: hechos que me precedieron y acompañaron mis primeros pasos; cosas de las que conocí más su reflejo que su realidad y que fundamentalmente procedían de la familia de mi madre, sobre todo aquel interés histórico en la casa de Keith, que se mezclaba con mi interés histórico general por cosas como la casa de Argyll. Pero también había leyendas en la familia de mi padre; el personaje más cercano y eminente era el capitán Chesterton, famoso en su día como reformador de prisiones. Era amigo de Dickens, y me temo que él mismo tenía algo de personaje de Dickens. Pero, por supuesto, estos primeros recuerdos y rumores sugieren que en tiempos de Dickens había muchos personajes de Dickens. No voy a negar la hipótesis de que muchos de los personajes de Dickens son unos farsantes. No sería justo que, después de todo lo que he dicho en favor de la vieja clase media victoriana, no reconociera que a veces produjo verdadera falsedad hueca y pomposa. Un amigo de mi abuelo, muy ostentoso, solía pasear los domingos con un libro de oraciones en la mano sin tener la más remota intención de ir a la iglesia. Defendía esta costumbre con toda tranquilidad diciendo con la mano levantada: «Chessie, lo hago para que sirva de ejemplo a los demás». Este hombre era obviamente un personaje de Di-

ckens y aun así era en muchos aspectos preferible a muchos personajes modernos. Pocos hombres modernos, por falsos que sean, serían capaces de tanta desfachatez. Y no estoy seguro de que no fuera realmente un individuo más sincero que el hombre moderno, que declara vagamente que tiene dudas o que odia los sermones, pero lo único que quiere es ir a jugar al golf. Incluso la propia hipocresía era más sincera. En cualquier caso, era más valiente.

Aquella época resumaba lo que no puedo sino llamar un gran gusto; algo que ahora sólo recordamos en las espléndidas y joviales citas de Swiveller y Micawber. Pero lo cierto es que, por entonces, aquel gusto se podía encontrar en multitud de gente respetable y oscura; sin duda mucho más respetable que el flagrante mojigato con el libro de oraciones, y mucho más oscura que el excéntrico pero eficiente, e incluso eminente, director y reformador de prisiones. Para usar un término comercial de la época, esta indescriptible especie de deleite no era sólo un deleite propio de caballeros. Creo que era el resultado de ese humor popular, que tal vez siga siendo nuestra única institución realmente popular, que actuaba sobre los restos de la retórica de los oradores del XVIII y de la retórica, casi tan grandilocuente como la anterior, de los poetas del XIX como Byron y Moore. En cualquier caso, era algo obviamente común entre incontables personas corrientes y molientes, y especialmente entre los dependientes de comercio. El dependiente llegó a ser después como una especie de *cockney* con acento entrecortado; un inglés roto que parece roto por accidente, desportillado, más que entrecortado. Pero había toda una casta que realmente comerciaba con frases tan redondas como bandejas y poncheras de Navidad. Mi padre me contó de un dependiente, compañero de juventud o de niñez, que se despedía de la taberna o del asador con un solemne mensaje de agradecimiento, pronunciado con voz atronadora antes de alcanzar la calle: «Dígale a Mrs. Bayfield que el filete era excelente y las patatas